

DE CÓMO “PARA ELISA” CANTA UN PRADO DE LANA

Viaje alrededor de un punto: Sobre el tiempo de la memoria involuntaria y otras irrupciones.

Por Lourdes Cabrera



Hélène Barrier

“No hay alegría que dure en el caso de un trabajo así, de cualquier trabajo. Porque siempre hay que ir a otra parte. Hay que vestirse de nuevo para salir de viaje”.

Arnaldo Calveyra, durante su visita al Malba, mayo de 2014

DE CÓMO “PARA ELISA” CANTA UN PRADO DE LANA FOTOS DEL AZAR

Pero, entre partida y partida, hay un tiempo que parece estanco, inmóvil, un tiempo de estar entre dos tiempos. Un modo en que los minutos se amontonan y no transcurren. Cada día nos levantamos dispuestos a soportar la cronología, a la espera de algo extraordinario. Mejor que a la espera, a la búsqueda. Sabemos: el asunto termina, tiene fecha de vencimiento, hay un viaje final; de ese sí, mucho no sabemos.



Rocío Coppola, de la serie “organismos”

Hablemos entonces del viaje no final: de la parte importante que se desparrama en anécdotas, historias y recuerdos ante las memorias de quienes nos andan cerca y entre las evocaciones de quienes, por pura casualidad- un día- se han cruzado con nosotros.

¿Nunca te pasó de grabar, para siempre, la imagen de un desconocido que simplemente pasó a tu lado sin hacer nada

especial? ¿Qué extraños parentescos nos unen con esas fotos del azar?

Son instantáneas. Vuelven en sonidos e imágenes: irrupciones, ramalazos de luz indetenibles. Algún obsesivo intentará explicarlas por medio de asociaciones, apelará, tal vez, al psicoanálisis. Pero no: su gracia está en permanecer con los puentes semi rotos entre nosotros y ella. Intensidades, perplejidades, viajes cortitos. Y siempre alrededor de la insistencia de algo parecido a un recuerdo; uno que se entrelaza y dispara viajes con olfato, gusto, oído y tacto. Fotos del azar: el choque mágico de imágenes y cuerpos, en el caldo de la cotidianidad.

LA MARAVILLA

Hay jingles, propagandas, melodías de fondo que se adhieren, inapelables, a la memoria.. Así pegoteadas irrumpen, cuando quieren, entre las desatenciones de la rutina. No vienen a señalar nada, no indican nada, no se asocian necesariamente con nada. Su modo de ser es irrumpir, venir.

“Tengo pasta de buena cocinera, mucha pasta, buena pasta. Y por eso me luzco en la cocina, con Glutina, con Glutina”

Mi vida y la “Glutina” no forman pareja. ¿Por qué viene la cantinela hacia mí? Para qué pregunto, me digo al instante, si, de verdad, no me importa por qué. Me asombra que venga, me asombra la insistencia con que lo hace. Ese modo de volver a ocupar un espacio breve, como de un trayectito de mi cuerpo y mi memoria: ese viaje intenso alrededor de una recurrencia. Algo parecido me pasa con “Para Elisa”.

Richard Clayderman - Para Elisa...(Beethoven)



Mabel Rubli – El hilo de
Ariadna III –
Litografía, 2001

En este caso sé por qué. Y saber no ayuda en nada. Fue la primera melodía que tocó mi hijo en el piano. Pero no hablo de excusas ni de asociaciones. Quisiera investigar, aunque no fuera posible, el mecanismo de esa irrupción.

¿Cómo meterse dentro de ese no transcurso, donde, como desde la boca de un volcán, una repetición acomete?



Hélène Barrier

Hay algo de irritante en esa voluntad que decide sin consultarnos y vive dentro de nosotros. Como un inquilino. No, mejor: un okupa; uno que ha tomado por asalto decisiones que no le competen. Aunque haya algo delicioso en ese volver del

pasado, arrellanándose sin pudor en el presente.

La famosa magdalena de Proust dio el puntapié inicial-no a la vivencia sino a la reflexión- sobre eso que él llamaba la memoria involuntaria.

Fijate vos, la lana. Vaya a saber qué asunto oscuro había entre la niña que fui y las ovejas. El extraño romance continúa, ahora, con la mujer que soy. El olor de la lana cruda es una textura que se huele, una consistencia táctil en la nariz, una sinestesia para el cuerpo. Debo confesarlo: solía acercarme al puerto para no perderme la presencia de los barcos llenos de ovejas. Cada loco...Esto no tiene retorno. Aunque sí, interés.

Y el olor de la vainilla. El olor de la vainilla instala un prado dentro de mí. Es un territorio que se incorpora al de mi cuerpo y lo arrasa. No hay medida del tiempo. Es un fulgurar. Lo arrasa y luego el cuerpo se rearma en lo habitual. Un viaje concentrado que, sin embargo, en su no ser mensurable- en su brevedad- incluye una transformación. Algo cambia, irremediablemente, después de cada prado, de cada ráfaga de olor a vainilla.

La lana huele a vainilla. El prado canturrea "Glutina" "Glutina". Y la melodía del piano une los fulgores. Fotos del azar. Traslados en círculo. La insistencia en su mecanismo de la maravilla.

VOLVER AL PUNTO DE PARTIDA

Hay un momento en que todo lo excepcional cede al transcurso. Otra vez nos vestimos y nos largamos hacia las costumbres y las formas de los otros, de otros lugares. El traslado es lineal, aunque serpentea un poco: uno va como quien avanza. Pero, en eso, un reloj indica que debemos pegar la vuelta. Volver ya no es lineal: ahora un trazo ondula el camino. Regresar al punto de partida se hace torbellino. ¿Es el punto de partida el que ya no se parece a sí mismo? ¿Somos los transformados? Se dice que todo cambia o puede cambiar. Aunque, de verdad, estas frases no tranquilizan. Abandonarse

al movimiento natural de la vida no tiene ninguna gracia. Volvemos sin volver, nos sentimos en un breve exilio, sin patria. Hasta que logramos reacomodarnos. Esa extranjería bella y dolorosa irrumpe como el olor, como el jingle, como la imagen del pasado instalada en el presente. Una sensación de no estar, de no pertenecer, de falta de suelo debajo de los pies. Y, aun así, gozosa.



Rocío Coppola, de la serie "otros tejidos"